

GRANTA

Prólogo

Es la primera vez que *Granta* propone una reunión de los mejores narradores jóvenes procedentes de una lengua distinta a la inglesa. La inicial, ya célebre y que recogió a novelistas británicos, se publicó hace casi veinticinco años. A ésa le siguieron dos dedicadas a estadounidenses (si descartamos el número inaugural de la revista) y dos más de nuevo a británicos. Entre los escritores seleccionados en estas páginas hay varios conocidos y reconocidos, y otros que lo son menos. Sólo unos cuantos han sido traducidos al inglés. Al igual que en la más reciente dedicada a los estadounidenses, se vedó la participación a los mayores de treinta y cinco años, es decir, todos nacieron a partir de enero de 1975 y han publicado al menos una obra. La proliferación editorial de las últimas décadas en español, que da acceso a la difusión, así sea limitada, de las obras, nos aconsejaba poner este cerco para no elegir, de un universo tan amplio, sólo a los consabidos. Pero hay otros motivos. Este número es una conspiración.

Ese año, 1975, es el del fin de la dictadura en España, el año del preludio o los auges de las dictaduras de América del Sur y sus con-

PRÓLOGO

secuentes exilios, del fin de la guerra de Vietnam, cuando ya era manifiesto el oportunismo político de quienes aún veneraban otra dictadura, radiante, la de Cuba. Se podrían multiplicar las efemérides. Por esa época comienza a examinarse la superstición del escritor sudamericano emigrado a París, y todos quieren publicar en España, que ya había consolidado de nuevo, primero en Barcelona y tiempo después en Madrid, la industria editorial literaria. Entre los escritores nacidos después de ese año, la imbricación compleja, equívoca, entre la política (distinta a partir del fin del comunismo «realmente existente» en 1989) y la literatura, es más la excepción que la norma. Aquella censura de uno u otro bando, el boicot, el exilio forzoso y la persecución, son en la actualidad asunto ya de trance entre la memoria y la historia (salvo en la actual Venezuela y en Cuba), y los narradores de estas páginas son ya ajenos a aquellas circunstancias sociales, morales, que perturbaron a las generaciones anteriores. A pregunta expresa, buena parte de los aquí espigados recela, con diversos grados de reticencia o nerviosismo o ironía de la influencia activa del escritor, independiente de su obra, en la vida pública, antaño compromiso ineludible para muchos (no siempre los más lúcidos). Sin embargo, en la actualidad se imponen otras censuras, quizá más insidiosas: la de los poderes culturales, la de un mercado que erosiona el pacto de referencias consensuadas, la del déficit de atención en un mar de autismo virtual, la de los lectores en fuga, pues sin lectores habrá obras pero no literatura: unas censuras que han de enfrentarse con estrategias como ésta que proponemos en *Granta*. Es evidente que para estos jóvenes narradores las taras y restricciones son otras; pero aún coinciden en admirar a muchos escritores canónicos, casi todos leen en varias lenguas, y siguen enfrentándose a los mismos inveterados enemigos de la promesa que Connolly señalara también a los treinta y cinco años de edad: las actividades ajenas a la creación de una obra que la restringen o pervierten.

Redactamos este prólogo sin que estos novelistas y cuentistas sepan quiénes los acompañan en el número, que se convierte en la

culminación de una perseverancia que comenzó hace siete años con la publicación del primero de *Granta en Español*.

Entre los seleccionados por los seis miembros del jurado hay escritores que aún son, en efecto, promesa. Esta es una selección de autores, no de obras sueltas, y nos parece que todos están aún por publicar sus mejores libros. Sirva de contraste constatar que Cabrera Infante, Fuentes, Vargas Llosa, Donoso o Juan Goytisolo habían escrito algunas de sus obras fundamentales al cumplir los treinta y cinco años de edad, pero no así Saer o Benet, que las escribieron después. Aunque por un lado algunos sostengamos que a partir de los treinta nadie es propiamente joven y, por otro, que la novela es casi siempre un género de madurez, de vida vivida y decantada, en este caso convenía además limitar la edad de los participantes por la irrupción de innumerables antologías, improvisadas o compendiosas, sumadas a incontables listas y encuestas comarcales, de narradores jóvenes en todos los países de la lengua desde los años noventa (casi se podría proponer otra antología con ellas). Sobre todo si consideramos a los lectores no versados en las tradiciones, evoluciones, tiranías, excomuniones, revoluciones y traiciones literarias de este idioma. Al mismo tiempo, en un empeño muy concreto para encontrar la puerta de entrada al reconocimiento de los centros del poder literario, es decir, para sobrevivir como escritores, se han enarbolado variopintos manifiestos desde hace casi dos decenios que emulan los procedimientos y estrategias del oportunismo ideológico. El tiempo se ha encargado muy pronto de revelar sus insuficiencias y hasta su puerilidad: ¿hace falta repetir que así se aspire a interrumpir o interferir colectivamente la tradición literaria (McOndo desde Chile, Crack desde México, Nocilla desde España), el talento es exclusivamente individual y la intrusión de un sólo escritor puede trastocar toda lectura del pasado y del futuro? ¿Quién habría imaginado hace quince años que la obra de un chileno recalado en Barcelona y procedente de México ejercería tan amplia influencia entre los narradores jóvenes, no sólo del español, con entusiasmo semejante al que despertó Cortázar en

PRÓLOGO

las dos generaciones precedentes? A todos los escritores, lectores, críticos y editores en español nos exaspera menos que por fin las referencias en lengua inglesa a la narrativa de nuestro idioma no queden reducidas al binomio Borges-García Márquez, y ahora también se mencione a Bolaño. Pero esa trinidad no basta.

Como esta selección incluye a narradores de diversas naciones y de al menos cuatro nodos regionales (Barcelona-Madrid, Buenos Aires, Lima-Bogotá y México) conviene recordar cuatro momentos importantes de las relaciones literarias, siempre complejas y desequilibradas a causa de los particularismos nacionales y las susceptibilidades colectivas, de recíproca influencia y efecto acumulativo entre la América hispana y España: la conmoción en España de la obra del poeta nicaragüense Rubén Darío inscrita en el panorama dejado para la pérdida de las últimas colonias españolas ante Estados Unidos en 1898; la influencia de la española generación del 27 en todo el continente americano, y del posterior exilio republicano, sobre todo en Argentina, Venezuela y México, inscrita en el panorama de la guerra civil española a finales de los años treinta; el apogeo de la novela sudamericana en la España de los años sesenta inscrita en el panorama de la sismica revolución cubana; y este presente que parece signado por las obras de Bolaño y poco antes por las de Marías y Vila-Matas inscritas en el panorama del irradiante populismo plebiscitario venezolano, la antiglobalización (el antiamericanismo) y el narcoterror.

Para articular esta selección de narradores jóvenes inscritos en el panorama del presente se invitó a participar como jurado a otros cuatro escritores, cosmopolitas que ejercen el oficio de modo muy variado, de edades diversas y procedencias diferentes a fin de ofrecer una visión más o menos distante, de otro arbitrio y nervio, de lo que se escribe en esta lengua: el narrador y realizador argentino Edgardo Cozarinsky, que reside entre París y Buenos Aires desde hace décadas; la periodista inglesa Isabel Hilton, antaño corresponsal en América del Sur y ahora repartida entre Inglaterra y China,

y quizá entre los jurados la que más interviene directamente en asuntos públicos, junto con el novelista Francisco Goldman, guatemalteco y estadounidense (cuya influencia también ha sido decisiva para la publicación de varios escritores hispanoamericanos en Estados Unidos, entre ellos, justamente, Bolaño), y que reside entre Nueva York y Ciudad de México; y la crítica literaria, editora y autora catalana Mercedes Monmany, residente en Madrid. A estos cuatro nos sumamos los que suscribimos estas líneas, editores y escritores, una estadounidense y un canadiense-mexicano residentes en Barcelona desde hace lustros. Así pues, dotados de nuestros inevitables prejuicios y arbitrariedades cuidadosamente cultivados, elegimos a veintidós. Apenas es necesario afirmar que nuestro veredicto no constituye un manifiesto, ni este número es fruto del contubernio de una editorial con un agente literario, sino apenas un retrato que pretende mostrar la vitalidad y diversidad, pues se trata de talentos individuales, insertos en las literaturas (¿la literatura?) del idioma.

La tarea fue ambiciosa: nada menos que abarcar todo el ámbito de la segunda lengua más difundida del mundo, la de más de una veintena de países. Procuramos ser lo rigurosos que hubiera sido deseable. El aluvión de obras narrativas mediocres, así como la dejación de la crítica literaria en los ámbitos no universitarios, acicatearon nuestra ansiedad. Pero no creemos que se hubiera podido confeccionar otra lista de igual mérito con otros veintidós autores, tal como uno de los jurados había comentado al entonces director de *Granta*, Ian Jack, cuando se decidió el primer número de los mejores novelistas de Estados Unidos. Convocamos pública y privadamente a todos los narradores que nos recomendaron o descubrimos por los más diversos medios, desde la conversación o la llamada telefónica, hasta las bitácoras de internet y la prensa, y, por supuesto, los libros. Se recibieron en Duomo Ediciones, la editorial que patrocina *Granta* desde Barcelona, más de trescientas obras de casi todos los países de lengua española. Cribamos hasta confeccionar una lista que incluyó propuestas adicionales de cua-

PRÓLOGO

tro miembros del jurado en diversos estadios de votación. Renunciamos pronto a una imposible unanimidad, por lo que establecimos que los seleccionados, en cuatro fases, recibieran al menos la aprobación de la mayoría. Casi es ocioso subrayar que no tuvimos en cuenta ni la nacionalidad ni el sexo, sólo la certeza, a veces más entusiasta, a veces menos, de que lo que estábamos leyendo se correspondía con las intenciones: que nuestra lectura como vicio impune reconociera el mérito consolidado o el que está, a nuestro juicio, por consolidarse en la distancia que mediaba entre las intenciones y los logros, la escritura narrativa de intención artística (qué herejía...) con pretensiones de perdurabilidad. Era de esperar que algunos miembros del jurado se opusieran a incluir o a excluir a determinados escritores, pero al final la mayoría se impuso. Algunos lamentamos que no estuviera aquella o a aquel. Este tribunal tan diverso ha encontrado entonces la diversidad que el lector está por corroborar y que poco tiene que ver, sin duda, con los talleres de escritura y tampoco con el chato exotismo: narradoras profundamente irónicas y exigentes por un lado, pero también escritores que representan a las mujeres de un modo menos pasivo y tradicional que en promociones anteriores; parodias e innovaciones formales; revisión, y hasta exacerbación, como cabría suponer, de diversas costumbres sentimentales y tradiciones literarias más o menos regionales e incluso locales, aunque no necesariamente las propias, pues muchos de ellos residen por su voluntad en países distintos al de nacimiento y están más abiertos, por su misma procedencia, a las invenciones concretas de otros sitios.

Una digresión necesaria: en la introducción a alguna de las primeras antologías de *Granta* ya se advertía en los años ochenta sobre los cambios que se estaban gestando en el modo en que los escritores se presentaban públicamente, instigados por sus agentes o editores, a convertirse en personalidades que conceden entrevistas en los medios, pero no en calidad de intelectuales que intervienen en la cosa pública, sino como meras celebridades cuyo aspecto

es también relevante para la difusión de una obra que ya no es la única que habla. Ese tipo de publicidad es rutina entre los escritores españoles desde comienzos de los años noventa, en un medio editorial sometido a circunstancias que imperan, por ejemplo, en la lengua inglesa desde hace muchos años, pero considerablemente menos en una Hispanoamérica algo más recatada, donde, por ejemplo, aún no se impone del todo la distinción ni la figura del escritor epigonal que se dirige exclusivamente al público más amplio posible. Aquella transformación comentada hace un cuarto de siglo en esta revista ha devenido en la actual explosión, entonces inimaginable, del universo de bitácoras, vídeos, redes sociales y las mil maneras de promoción autista, como fuegos de artificio que nos detraen de la concentración mínima para una lectura ponderada. La mayoría de los escritores seleccionados aquí cuentan con su propia bitácora e incluso algunos exploran las posibilidades narrativas de esta explosión mediática. Nada nuevo. Pero las virtudes que buscábamos no se evalúan con esos epifenómenos, integrados en un presente que no agotan. Es posible entonces que alguien eche en falta la apología de internet y de la riada de ese mundo paralelo en este prólogo o en nuestra selección, pero ya nos bastan los entusiasmos del futurismo de hace un siglo para darle mayor importancia *literaria*.

Si buena parte de la literatura española contemporánea parece hoy excéntrica a la europea, la de la América hispánica ha sido siempre el extremo occidente literario, otra manera de ser europeos, si se quiere, pues sus tradiciones incorporan todas las fuentes, no sólo, reiteramos, las propias. No hay extensión territorial (ni población) semejante que comparta el mismo idioma en «naciones» contiguas. Y su modernidad parecía periférica hasta que en los años sesenta su literatura se volvió contemporánea de todos los hombres: implantó una renovación de las metrópolis de varios idiomas, de la periferia al centro. Hace más de un siglo que el meridiano intelectual de esta lengua no pasa, en efecto, por Madrid,

PRÓLOGO

aunque sí pase por ella y por Barcelona el meridiano editorial, donde se encuentran los escritores en busca de reconocimiento, y que a su vez amplifica su prestigio regional. La polémica sobre las literaturas nacionales en la América hispana hace mucho que es sólo materia de los historiadores, y nosotros preferimos sostener, en un primer momento, aunque afirmado sin excesivas cursilerías, que la lengua española es nuestra patria. Aunque la realidad es que toda la literatura es un magma de fuerzas o tradiciones o tendencias en oposición, fluctuación e influencia; de vivos y muertos, de todas las lenguas, como puede verificarse con la lectura de los escritores elegidos en este número, puestas en circulación por otros legisladores ocultos: los traductores, los editores y los críticos (pues sin crítica tampoco hay literatura). Pero para eso hace falta, digamos, conocerlas, y eso se consigue sólo leyendo, evidentemente, en traducción. Ésta, por ejemplo. Ya se sabe, pero es preciso insistir en ello, que una cultura literaria que no traduce termina por repetirse a sí misma las mismas cosas.

Este número se publica entonces casi simultáneamente, como consta en la portada, en inglés y español. Hace quince años una selección de los mejores narradores jóvenes de esta lengua no habría encontrado de nuevo circunstancias tan propicias para su traducción como las actuales, por modestas que sean. Hasta hace poco, sobre todo en Estados Unidos, y dado el imperio del inglés como *lingua franca* y de la relevancia de su industria editorial (aunque no se olvide que buena parte de ella es de propiedad alemana o francesa, es decir, europea, y Londres y Nueva York disten mucho de ser los únicos nodos del poder literario mundial), se constataba el desinterés por los escritores de habla española a causa de las costumbres culturales dominantes, pues el marchamo nacional de «latino» o «*hispanic*» parecía bastar para cumplir con una cuota, confundiendo los valores literarios con la integración, y los autores hispanoamericanos consagrados en los años sesenta satisfacían la escasa curiosidad del lector medio, lo que condujo incluso a algunos novelistas, en busca de reconocimiento, a escribir en inglés.

Hay varios modelos prestigiosos de ello. Pero la tercera ciudad del mundo por número de hispanohablantes se localiza en Estados Unidos y el español es la segunda lengua más extendida en el país. Los escritores americanos y españoles ven con alguna perplejidad este fenómeno, a sabiendas de que la referencia fundacional de la tradición literaria inglesa es una traducción. En Hispanoamérica o España la literatura traducida de muchos idiomas está plenamente establecida, como puede verificarse por algunas admiraciones actuales de los narradores aquí recogidos: todavía Faulkner, Nabokov, Joyce, Bernhard, Cheever, Salinger, entre otros (Borges y Onetti). Es pues una obviedad, aunque sea preciso repetirla, que la intermediación de la traducción garantiza el intercambio entre los centros de poder literario.

La situación en Estados Unidos está cambiando (mucho menos en Inglaterra) gracias a nuevas iniciativas editoriales precedidas por la de New Directions desde 1936 e inscritas en el panorama que con agudeza el escritor Eliot Weinberger ha señalado: la reciente disposición y apertura a la literatura traducida a causa de las secuelas de los ataques del 11 de septiembre hace casi una década. Tras la influencia de *Cien años de soledad* en la literatura estadounidense y mundial y de la recepción de narraciones epigonales entre el amplio público, la reciente aceptación por un lado de las novelas de Carlos Ruiz Zafón, de la obra de Bolaño entre los más jóvenes por otro, y, aún por otro, el universal prestigio crítico de Marias, han ampliado un capital y renovado el crédito de la narrativa de nuestro idioma en sus diversos estamentos. El conjunto de jóvenes narradores propuesto por esta conspiración de lectores desde *Granta* busca refrendar un pacto de reconocimiento previo, de señas de identidad con otros lectores, que en diez años podrán corroborar la vigencia de este arsenal de referencias consensuadas, como en otras selecciones anteriores: cuánto hemos acertado, cuántos narradores aún se siguen leyendo, cuántos permanecen y duran.

Sigrid Rausing y Eric Abraham, presidenta y vicepresidente de *Granta* alentaron con entusiasmo esta iniciativa desde Londres

PRÓLOGO

en el contexto de las ediciones internacionales de la revista. Agradecemos a Luigi Spagnol y Stefano Mauri, que encabezan el Gruppo editoriale MauriSpagnol, el patrocinio de este empeño a través de Duomo Ediciones, a los miembros del jurado su disposición, y a Àngels Balaguer, Laia Salvat, Doris Castellanos y Ella Sher su indispensable participación.

Aurelio Major y Valerie Miles
septiembre de 2010